

regada con la sangre de sus apóstoles para que creciese. Recogieron ansiosos el cuerpo y cabeza del apóstol y le hicieron las exequias con la magnificencia que permittian las circunstancias, quedando preciosa su memoria en el amor de todos los fieles y de todos los siglos.

Se fundan muchas Iglesias desde el martirio de san Estéban hasta el de Santiago.

Apenas se puede dudar sin herir la tradicion de las Iglesias mas respetables, y aun de la Iglesia universal, que en el tiempo que medió entre el martirio de san Estéban y el de Santiago fué cuando los apóstoles y principales discípulos de Jesucristo se derramaron por las diversas regiones del mundo conocido, y formaron en los pueblos las Iglesias cristianas, que se glorian de tenerlos por sus fundadores. Es verdad que no consta esto de los Libros santos, pero consta de la tradicion y esto debe bastar, pues el contar tan poco con ella, ha hecho en estos últimos tiempos y hace en el día que se cometan tantos yerros.

Nuestra España fué favorecida en esta época con la visita de un Boanerges, ó hijo del trueno, que fué Santiago el Mayor. No sabemos precisamente las provincias que recorrió; pero el santo apóstol la cruzó de oriente á poniente y de mediodia á norte con aquella rapidez que era tan propia de su fogoso carácter. Derramó por todas partes la semilla del santo Evangelio y se volvió á Jerusalem, llevando consigo, como primicias de este piadoso reino, siete discípulos escogidos, que fueron : Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesiquio y Eufrasio, todos los cuales fueron ordenados de obispos.

Traslado del cuerpo de Santiago el Mayor á Galicia, provincia de España.

Luego que estos siete discípulos pudieron recoger el cuerpo de su querido Maestro, sacrificado por Herodes, trataron de volverse á su patria con esta prenda inestimable. Se embarcaron en un puerto del mar Mediterráneo, y rodeando gran parte de la Europa, vinieron á desembarcar en otro del Océano, perteneciente á la España en la provincia de Galicia, y á parar en un pueblo llamado Iria-Flavia, donde estuvo enterrado este precioso tesoro con motivo de las guerras que habia por aquellas provincias entre Romanos y Españoles, y de las inundaciones de los Bárbaros, hasta que por el año de ochocientos y trece fué descubierto en tiempo del piadoso Alfonso el Casto, rey de Leon, y aliado del no menos piadoso Carlo Magno, rey de Francia. Alfonso le hizo trasladar á Compostela, ciudad de la misma Galicia y muy cercana á Iria-Flavia, con el nombre de ciudad de Santiago, el cual nombre ha conservado desde entonees, siendo en los últimos tiempos la concurrencia á esta célebre ciudad la mas grande que se ha conocido despues de la de Jerusalem y de Roma. Nuestro apóstol Santiago ha sido en todos tiempos el muro de defensa de la España, que le ha mirado siempre como su escudo contra todos los enemigos, no solo de su fe y bienes eternos, sino tambien de sus glorias y bienes temporales. Sí, Santiago ha sido y será siempre nuestro gran consuelo, nuestra dulce esperanza, nuestro refugio y amparo y el apóstol de nuestro especial cariño y amor.

Prision de san Pedro.

Viendo Herodes el gran placer que habia causado en los Judíos la muerte de nuestro querido Santiago, se

propuso prender y quitar tambien la vida á san Pedro, que siendo el Príncipe de los apóstoles, causaría mucho mayor contento á los enemigos del Evangelio. Creyó que sacrificando esta gran víctima, tendría á su favor todo el grueso de los Judíos rebeldes. Tomó esta determinacion cuando llegaba la Pascua. El plazo era muy breve, porque se acercaba la tarde del viérnes en la que principiaba la fiesta, y solo hubo tiempo para prenderle y encerrarle en una rigurosa prision. Como estaba resuelto á sacrificarle y dar al pueblo este agradable espectáculo al momento que pasase la Pascua, trató de asegurarle de un modo que no hubiese peligro que se le huyese, ni de que se hallase privado del placer de presenciarse por sí mismo el sacrificio.

Estaba la cárcel fuera de la ciudad. Herodes puso en ella una guardia extraordinaria de diez y seis soldados, divididos en cuatro compañías, cada una de cuatro hombres, de manera que á todas las horas del día y de la noche hubiese cuatro soldados de centinela; dos á los lados de san Pedro en el calabozo, y dos á la puerta de la cárcel. Á los unos llamaban primera guardia y á los otros segunda, siendo todos relevados de tiempo en tiempo por guardias de refresco. La vigilancia de tantos hombres para custodiar uno solo, aun no pareció á Herodes suficiente, y mandó que fuesen atadas sus manos con dos cadenas de hierro. Todas las precauciones que tomó Herodes acerca de su prisionero, vinieron á ser como las que tomó Pilatos y la sinagoga acerca de la Resurreccion de Jesucristo. Unas y otras sirvieron para hacer mas incontestables la Resurreccion del Señor y la milagrosa libertad de san Pedro. No conocia Herodes el espíritu de la religion que profesaban los cristianos. Este no les permitía, ni forzar las prisiones, ni menos romper las guardas. Es verdad que tenian muy en su corazon la libertad de este gran prisionero porque él era su Jefe, su Guía, su Pastor, su Oráculo... era aquel á quien habia dicho Jesucristo : Apacienta mis corderos,

apacienta mis ovejas. Sin embargo para librarle de sus perseguidores, jamás pensaron en la fuerza; bien es verdad que ellos tenian otras armas en la oracion, cuya fuerza ignoraba Herodes, y cuyo poder no alcanzan á resistir todas las potestades del mundo.

Oracion de la Iglesia por san Pedro.

Luego que se supo la prision de san Pedro, se congregaron asustados los fieles á pedir al Señor su vida y su libertad. Desde entonces no hubo momento en que no subiesen una multitud de ruegos al trono del Altísimo pidiendo por su Pastor. Entretanto que los guardas se sucedian unos á otros para no perder de vista á su prisionero, los fieles, juntándose por familias, velaban á su vez y cuidaban que en ninguna hora del día y de la noche faltase una multitud de suplicantes, que en sus causas (por no poderse reunir en el templo á causa de la persecucion) pidiesen sin cesar el socorro del Cielo. Esperaba Herodes con impaciencia que pasase la Pascua para pronunciar la sentencia de muerte contra la cabeza de la Iglesia, y con mas ansia lo esperaba la sinagoga y el pueblo inflamado por esta; pero el que se burla de los designios de los hombres malvados, hizo que se desvaneciesen en un momento todas sus esperanzas.

Un ángel saca de la prision á san Pedro.

Custodiado san Pedro por dos soldados tan de cerca que tocaban en sus costados, atadas sus manos con dos cadenas de hierro, y estando para oír la sentencia de su muerte, se durmió con aquel sueño tranquilo que produce una buena conciencia y que se sobrepone á los acontecimientos humanos. Velaban con gran cuidado los dos primeros soldados á un dormido que tenian á

la vista, y no era menor la vigilancia de los otros dos que cuidaban de la puerta. Ningun hombre podia entrar en la cárcel; pero ningun hombre podia impedir la entrada á los ministros del Omnipotente. Un ángel del Señor vino de repente y llenó de una resplandeciente luz toda la cárcel. Se acercó á san Pedro, y tocando su costado, le despertó diciendo: Levántate pronto; y luego cayeron las cadenas de sus manos: ciñete tu ceñidor y cálzate tus sandalias; y lo hizo así. Cúbrete con tu capa y sígueme; y saliendo san Pedro de su prision, le seguía sin conocer que fuese verdad lo que el ángel hacia; porque pensaba que era vision lo que veía. Pasaron la primera y segunda guardia y llegaron á la puerta de hierro, por donde se entraba en la ciudad, la cual se les abrió por sí misma, y habiendo entrado en ella, pasaron juntos un barrio, y luego desapareció el ángel. Entonces volviendo san Pedro en sí (del enajenamiento en que se hallaba) dijo: Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel y me ha librado de la mano de Herodes y de las miradas de toda la plebe de los Judíos.

Se dirige san Pedro á la casa donde estaban reunidos los fieles.

Luego se dirigió san Pedro á la casa de una viuda cristiana, llamada María Cleofás, madre de Juan, por sobrenombre Márcos, el cual era primo de san Bernabé y uno de los setenta y dos discípulos que habia enviado el Señor delante de sí á preparar su predicacion. Era esta viuda una mujer muy piadosa, y su casa á este tiempo estaba llena de fieles que se habian reunido en ella para pedir á Dios que librase á su amado Pastor de las manos de Herodes. Tocando san Pedro á la puerta de María, una jovencita, llamada Rode ó Rosa, se acercó á la puerta á escuchar, y cuando conoció que era san

Pedro, fué tal su gozo y enajenamiento que no se acordó de abrir la puerta, y dejándole en la calle, se dió á correr adonde estaban los fieles y entró gritando: Pedro está á la puerta, Pedro está á la puerta. Tú estás loca, la dijeron; mas ella afirmaba mas y mas que así era: que Pedro estaba á la puerta. Viendo que la jovencita se aseguraba en ello, dijeron: Ese es sin duda su ángel. Entretanto san Pedro continuaba llamando, hasta que abriendo la puerta, le vieron, y al verle, quedaron todos como fuera de sí de alegría. ¡Cuántas lágrimas de gozo y consuelo no derramarían ahora los que habian derramado antes tantas de pena y desconsuelo! ¡Con cuánto respeto, con cuánto cariño, con cuánta ternura no besarian aquellas ancianas manos que habian estado atadas con cadenas de hierro por la fe! ¡Cuántas preguntas no le harian sobre su prision, sobre su calabozo, sobre sus centinelas, y sobre el modo con que habia sido puesto en libertad por el ángel! Esta escena debió ser en gran manera tierna. San Pedro, despues de satisfacer con una benignidad suma á todas sus preguntas, les refirió cuanto le habia sucedido y dejamos ya dicho, y concluyó diciendo: que el Señor, atendiendo á sus oraciones, y modivo al ver correr tantas lágrimas, le habia sacado de la cárcel por mano de su ángel y le habia restituido, como veían, al seno de sus amados hijos.

Con muchísimo gusto habrian seguido hablando san Pedro, y escuchando los fieles, porque hay relaciones tan gustosas que jamás llegan á cansar al que habla ni á satisfacer á los que oyen, y tal era la presente; pero san Pedro no podia estar con seguridad en Jerusalem entre unos enemigos tan empeñados en perderle, que cuando no le hallasen en la cárcel, no dejarían rincon sin registrar hasta encontrarle.

Se retira san Pedro á Antioquía.

Dad de todo noticia á Santiago, único apóstol que queda con vosotros, les dijo. Consolad á todos los hermanos y contadles las grandes misericordias que Dios ha usado con nosotros, Yo me retiro por ahora. Los tiempos se mudan y yo volveré á veros. Dicho esto, salió de la casa de María entre las tinieblas de la noche y las lágrimas de sus hijos; pero era preciso ó retirarse ó morir, y puesto que el Señor no le habia indicado que era llegada su hora, debia tomar el segundo partido; y así lo hizo, bajando acompañado de cariñosos discípulos á Antioquía, capital de la Siria, donde se habian refugiado ya un gran número de cristianos, porque estaba fuera de la jurisdiccion de Herodes.

Hace matar Herodes á los soldados de la guardia.

Cuando amaneció el dia siguiente, ya no encontraron los soldados á Pedro y nadie daba razon de él. La cárcel desde este momento era un lugar de confusion. Nadie sabia lo que habia sucedido, y lo mas terrible fué que, cuando estaban en estas averiguaciones y sustos, llego la orden del rey para que los soldados presentasen al preso en el lugar del suplicio. Herodes, al saber la falta de Pedro, se puso furioso, le hizo buscar por todas partes y con toda diligencia, y no hallándole ni dando razon de él, los soldados de la guardia fueron condenados á muerte. En vano protestaron estos infelices su vigilancia y cuidado. No fueron oídos, y sin ser culpables, murieron como reos en un suplicio. El cruel Herodes habia consentido en dar á los Judíos la bárbara satisfaccion de matar á san Pedro delante de sus ojos, y no pudiendo verificarlo, quiso hacer ver á la sinagoga, con la sangrienta ejecucion de estos inocentes, que lo

habia querido de veras. No juzgó Herodes que le convenia seguir la guerra que habia declarado á los apóstoles, porque el número de los discípulos del Señor era ya muy grande y de mucha consideracion.

Baja á Cesárea, donde permite ser tratado como una deidad.

Entonces dejó repentinamente á Jerusalem y pasó á Cesárea de Palestina. Estaba muy irritado con los de Tiro y Sidon, y no dejaron estos pasar la ocasion de ver al rey en Cesárea, ciudad muy cercana á las suyas, y de procurar reconciliarse con él. Para esto ganaron á Blasto, su camarero, y consiguieron del rey la audiencia que deseaban. Herodes, que era vano en extremo, y se preciaba de hablar con finura, quiso aprovecharse de esta ocurrencia para lucir su vanidad. Se adornó con sus mas preciosas vestiduras, se puso el manto real y la corona, tomó el cetro en su mano, se sentó en el trono, y con este ostentoso aparato, recibió á los embajadores de las dos ciudades, las mas ricas y poderosas de aquellos países. Para recibirlos, habia compuesto una arenga ó discurso que, con su modo de decir, lleno de pulcritud y atractivo, tenia á todo el auditorio emblesado desde el momento que principió á pronunciarle. En lo mas encantador de él, exclamó de repente todo el auditorio: Palabras de dios y no de hombre son estas.

Muere roido de gusanos.

Gustaba indeciblemente Herodes de este incienso sacrilego, y léjos de oponerse á semejantes blasfemias, se embriagaba con ellas; mas el Señor del cielo y de la tierra, celoso de su honor y su gloria, castigó inmediatamente este delito de un modo ruidoso y terrible. En-

vió un ángel, que sin cortar de repente el hilo de su vida, para que sirviese de espectáculo y escarmiento, le hirió con llagas terribles, y cubierto y roído de asquerosos gusanos, espiró á pocos dias en medio de la confusion y de los mas terribles dolores. Menos grande este nuevo Antíoco que el antiguo perseguidor de la nacion santa, pero tan soberbio, y acaso mas orgulloso é impió que aquel, fué á dar cuenta ante el tribunal del Juez soberano de la sangre del apóstol Santiago que acababa de derramar, del intento sacrilego de hacer correr la del Príncipe de la Iglesia, de la de los infelices soldados que mandó degollar, estando enterramente inocentes, y del blasfemo deseo de querer ser tenido por dios pocos dias antes de ir á dar á Dios esta terrible cuenta. Así se verificó en este famoso eriminal, que la muerte del pecador es una muerte pésima.

Cesa la segunda persecucion.

Con la muerte de Herodes cesó la segunda persecucion, en la que Santiago el Mayor entregó su garganta al cuchillo, y san Pedro estuvo atado con cadenas para ser llevado como un cordero al matadero.

No teniendo ya que temer los predicadores del Evangelio sino á la sinagoga, cuyas violencias contenian los Romanos, volvieron á predicar con mas celo que nunca la divina palabra en toda la Palestina, particularmente en la Judea y hasta en Jerusalem, donde habian sido tan perseguidos, haciendo en todas partes numerosas conquistas. En el discurso de veinte y cinco años que pasaron desde el cuarenta y cuatro de Jesucristo hasta el sesenta y ocho en que ya principiaron las divisiones de la Judea y de Jerusalem, apenas hubo suceso notable en toda la Palestina con respecto á religion, y á pesar de la oposicion de la sinagoga, se continuó en predicar á Jesucristo y hacer multitud de discípulos.

San Pablo y san Bernabé son destinados por el Espíritu Santo á la conversion de los gentiles con toda plenitud.

Habia tiempo que Dios preparaba los que habia escogido para rozar y desmontar el fragoso terreno que se extendia por el Asia, la Grecia y todo el imperio romano, cuyo campo era inmenso. Con este designio habia conducido á san Pablo y san Bernabé á la Iglesia de Antioquía, los cuales con sus continuos desvelos contribuyeron á poner aquella Iglesia en un estado tan floreciente, que mereció ser Cátedra de san Pedro aun antes que Roma.

Un dia que estos dos apóstoles y otros muchos ministros del Evangelio se hallaban congregados, sirviendo al Señor, les dijo el Espíritu Santo : Separadme á Pablo y Bernabé para la obra á que les he destinado (que era la predicacion á los gentiles); y entonces los ministros del Señor, ayunando y orando, les impusieron las manos y les enviaron á predicar á las gentes. Tenia ya entonces san Pablo cerca de cuarenta años de edad y once de discípulo de Jesucristo; san Bernabé era de mas edad y tenia mas años de cristiano y de Obispo. Dios habia preferido á san Pablo para la obra de la instruccion de los gentiles, y san Bernabé era un segundo Pablo en esta obra inmensa.

Van á Seleucia y pasan á Salamina, donde principia su predicacion.

Enviados así por el Espíritu Santo, fueron á Seleucia de Siria, edificada por Seleuco, sucesor de Alejandro el Grande. Tenia esta ciudad un puerto sobre el Mediterráneo, y embarcándose en él, navegaron á la isla de Chipre, patria de san Bernabé, se internaron en ella hasta

Salamina, que era su capital, y aquí principiaron á predicar la palabra de Dios en las sinagogas.

El método constante de san Pablo, desde que principió su apostolado, era ofrecer la luz del Evangelio á los hijos de Abraham, y si estos no la recibían, llevarla á las gentes. La ceguera de los primeros ofrecía continuamente ocasiones á los apóstolos para alumbrar á los segundos, y así el fruto de sus trabajos evangélicos venía á ser casi todo de los gentiles. No sabemos cuál fué el de esta primera misión, ni las conquistas que hicieron en ella. Solo sabemos que habiendo predicado en toda la isla, vinieron hasta Pafos.

Castigo del mago Elimas, y conversión del procónsul romano.

Era esta ciudad el asiento del procónsul romano, llamado Sergio Pablo. Informado este del arribo de Pablo y Bernabé, deseó verlos. Quería ser instruido en la religión que predicaban, oír de su misma boca la palabra de Dios, y rendirse á la verdad, que buscaba con buena intención; pero tenía la desgracia, no solo de faltarle la luz, sino de tener en su misma casa, y al lado de su persona, un criado perverso que se oponía con todas sus fuerzas á los buenos sentimientos del corazón de su amo. ¡Comun desgracia de los poderosos de la tierra! ¡Cuántos serían el ornamento y apoyo de la religión, que están obligados á defender, si no fueran trastornados por hombres infieles á cuya confianza se entregan!

Este hombre malvado se llamaba Elimas, que significa adivino, y era un mago de profesión que tenía comercio con el diablo. El procónsul por el contrario era un hombre prudente, dice san Lucas, y muy circospecto. Este buen pagano rogó á Pablo y á Bernabé que le predicasen la palabra de Dios. Ellos lo hicieron con claridad y con celo, y el procónsul les oía con atención y con gusto.

Estaba presente el adivino y procuraba apartar al procónsul de la fe. Entonces san Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando en él los ojos, le dijo: ¡Ó hombre lleno de todo engaño y de toda falacia! ¡Hijo del diablo! ¡Enemigo de toda justicia! Tú no cesas de trastornar los caminos derechos de Dios. Pues hé aquí ahora la mano del Señor sobre tí. Ciego quedarás y no verás el sol hasta cierto tiempo; y luego cayó sobre él oscuridad y tinieblas, y volviéndose á todas partes, buscaba quien le diera la mano. Este castigo temporal, que le privó de vista del cuerpo, sirvió, según san Juan Crisóstomo, para ver la verdad. Sin embargo no sabemos si su castigo logró hacer de este escandaloso pecador un constante penitente. Por lo que toca al procónsul, cuando vió el terrible castigo de su criado, abrazó la fe, maravillado no solo del prodigio sino de la bondad del Señor que obraba tan grandes portentos para plantar la luz de la fe en las tinieblas del gentilismo. Sergio fué uno de los discípulos más amantes de san Pablo y más amado del santo. No se puede dudar que otros muchos gentiles siguieron el ejemplo del procónsul; pero la sagrada Escritura solo de este nos conserva la memoria y el nombre.

Juan Márcos se vuelve á Jerusalem á vivir con su madre.

Salieron los apóstoles de Pafos y se embarcaron para Perge, ciudad de Panfilia, en el Asia menor. Aquí perdieron á su compañero Juan Márcos, al que, con beneplácito de su madre, María Cleofás, habían llevado consigo cuando volvieron de Jerusalem á Antioquía, y que, siendo aun muy joven, no se creyó con fuerzas bastantes para llevar la carga del ministerio. Acaso su complexión delicada no sería á propósito para seguir á unos hombres de la valentía, altura, robustez y carácter de un san Pablo y un san Bernabé. La prueba que había hecho en las primeras fatigas, pudo desalentarle. Tenía á su ma-

dre en Jerusalem. San Pedro le habia instruido en la fe, y creyó que le convenia volver á la capital á unirse con su madre y su maestro. Su primo san Bernabé hubiera querido detenerle en su compañía; pero san Pablo no queria, en los que asociaba, sino valor, intrepidez y constancia. Juan Márcos se volvió en efecto á Jerusalem, y los dos apóstolos perdieron este jóven amable y de bellas inclinaciones; pero en cambio dejaron en Páfos un militar piadoso, valiente y distinguido en el procónsul Sergio Paulo, y llevaron consigo nuevos discípulos de los convertidos en aquella ciudad, que no quisieron separarse de los padres de su fe.

Predican los dos apóstoles en Antioquía de Pisidia.

Después de la partida de Juan Márcos, los dos apóstoles se internaron en el Asia menor y llegaron á Antioquía de Pisidia, distinta de la Antioquía de Siria, y habitada por un gran número de fieles. Se detuvieron en ella y concurrieron el sábado á la sinagoga, donde se juntaban no solamente los Judíos, sino tambien los gentiles, que sin profesar la ley de Moisés, creían en un solo Dios verdadero. Allí asistieron á los ejercicios piadosos, y concluida la leccion de la ley y los profetas, los príncipes de la sinagoga les dijeron: Varones hermanos, si teneis que hacer alguna exhortacion al pueblo, hablad. Entonces levantándose san Pablo y haciendo señal de silencio con la mano, pronunció, en un estilo sublime, un discurso muy semejante al de san Estéban en el dia de su martirio. El discurso de san Pablo hizo tan profunda impresion en el concurso, que al salir de la sinagoga les rogaban las gentes que el sábado siguiente volviesen á decirles las mismas palabras. Muchos de los Judíos y prosélitos, temerosos de Dios, siguieron á san Pablo y san Bernabé á su posada con el fin de oír nuevas instrucciones de su boca, y los apóstoles les persua-

dian con la eficacia de sus razones á que creyesen y perseverasen en la fe. El sábado siguiente concurrió casi toda la ciudad á oír la palabra de Dios, y cuando los Judíos vieron tantas gentes, se llenaron de indignacion y contradecian á san Pablo con blasfemias (á falta de razones). Entonces san Pablo y san Bernabé les dijeron con firmeza y enojo: Á vosotros convenia que se predicase primero la palabra de Dios; mas porque la desechais y os haceis indignos de la vida, hé aquí que nosotros nos vamos á las gentes. Así nos lo ha mandado el Señor, porque discípulos somos de aquel divino Maestro, á quien dijo su eterno Padre: Te he puesto para luz de las gentes y para que seas la salud hasta lo último de la tierra. Los gentiles que se hallaban presentes, rebosaban de gozo al oír estas cosas y glorificaban á Dios.

Sacuden el polvo de sus piés en Antioquía y se marchan á Iconio.

Se fueron á Iconio, ciudad célebre de la Licaonia y poco distante de Antioquía de Pisidia. Con sacudir los apóstoles el polvo de sus piés contra los incrédulos, querian manifestar que detestaban su incredulidad y que no querian tener comunicacion con ellos en cumplimiento de la orden del Señor, que les habia mandado usar de este género de execracion contra los que cerrasen sus oídos á la divina palabra. El fervor de los nuevos discípulos de Antioquia no se entibió por la ausencia de los apóstoles. La fe en las divinas promesas, la esperanza de los bienes eternos, la caridad que les unia á todos entre sí, los dones del Espíritu Santo que animaban su nueva vida... todo hacia que llevasen con tranquilidad la ausencia de sus padres en la fe y manifestasen en sus semblantes aquel gozo de que estaban llenos, como nos dice san Lúcas.

Entraron luego los dos apóstoles en la sinagoga de Ico-

nio, y hablaron con tanta elocuencia sobre la necesidad de la fe en Jesucristo, que creyó una gran multitud de Judíos, y tambien de gentiles; mas no todos los Judíos creyeron, y los que permanecieron incrédulos, conmovieron y provocaron á ira los ánimos contra los apóstolos. No fué tan general la persecucion ni tan recia que no pudiesen permanecer los apóstoles en Iconio mas de medio año predicando la divina palabra y trabajando en el Señor, que daba testimonio á la verdad, concediendo en su confirmacion, que se hiciesen prodigios y milagros por las manos de los apóstoles; pero al fin sus enemigos consiguieron ganar aqui á los magistrados, y todos unidos, les cargaron de oprobios y se pusieron en disposicion hasta de apedrearlos.

Perseguidos en Iconio, huyen á las ciudades de Listria y Derbe.

Entonces guiados por la doctrina de su divino Maestro, que les habia dicho: Si os persiguieren en una ciudad, huid á otra; salieron de Iconio con el consuelo de haber hecho en ella mucho fruto, y pasaron á las cercanas ciudades de Listria y Derbe, situadas tambien en la provincia de Licaonia, y evangelizaban en ellas.

Cura san Pablo un cojo en Listria.

Habia en Listria un hombre enfermo de los piés, cojo desde el vientre de su madre y que nunca habia andado. Este se habia hecho llevar al lugar donde predicaba san Pablo, y sentado, le estaba escuchando con mucha atencion. San Pablo habiendo puesto los ojos en él, levántate, le dijo en alta voz, y ponte derecho sobre tus piés. El enfermo se levantó, y despues de mantenerse algun tanto sobre sus piés, como para probar su firmeza, prin-

cipió á saltar y brincar delante de todos como un hombre loco de alegría.

Tratan de dioses los Listrios á san Pablo y san Bernabé.

Mas si el curado estaba como loco de gozo, no lo estaban menos las turbas que le veían, las cuales gritaban en lengua licaonia: No hombres, sino dioses en forma de hombres, han bajado á nosotros; y llamaban Júpiter á san Bernabé por su hermosura, y Mercurio á san Pablo por su elocuencia. El sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba á la entrada de la ciudad, trayendo á las puertas de la casa, donde se hallaban los apóstoles, toros y guirnaldas, queria ofrecerles con el pueblo sacrificios, como á dioses, y coronarlos de flores. Cuando san Pablo y san Bernabé vieron estas idolatrias, rasgaron sus vestidos, y arrojándose en medio de la multitud, decian á gritos: ¡Hombres, qué haceis!!! Tambien nosotros somos mortales como vosotros. No hay sino un solo Dios verdadero, eterno, infinitamente bueno, sábio, justo y poderoso, que crió, cuando fué su voluntad, el cielo, la tierra, el mar y cuanto se contiene en el cielo, en el mar y en la tierra. Á este Criador de todas las cosas es á quien deben todas las cosas sus cultos, obsequios y adoraciones, y cuando así procuraban desenganarles, apenas podian contener á la multitud para que no les ofreciesen sacrificios y les coronasen de flores como á sus dioses. Pero estando en lo mas fuerte de su apuro, un suceso, al parecer casual, mas en la realidad ordenado por Dios, acudió á sacarles de él.

Hizo el Señor que sus pasadas persecuciones viniesen á librarles de una adoracion que les horrorizaba. Los Judíos que les habian perseguido en Antioquía de Pisiidia y en Iconio, noticiosos de los frutos que hacian en Listria y en Derbe, vinieron á perseguirles tambien en estas ciudades, y llegaron tan á tiempo á la escena que